

LIBRE COMERCIO Y MEDIO AMBIENTE: UNA ECUACIÓN IMPOSIBLE

Por Chusa Lamarca

Si alguien nos hubiera contado hace 30 años una historia absurda arguyendo que era posible privatizar el aire, nos habríamos reído a mandíbula batiente con tamaño disparate, ¡y cómo no carcajearse imaginando que era posible la compraventa de contaminación a la atmósfera! Pero como afirma el dicho, la realidad siempre supera a la ficción y hoy ni siquiera nos habríamos extrañado de que Gregorio Samsa, el viajante de comercio metamorfoseado en insecto por Kafka, no fuera un personaje de ficción, sino el resultado de una patente.

El mundo se ha convertido en un gran mercado donde los seres humanos trabajan y viven para abastecer ese gran hipermercado global o viven y trabajan para consumir lo que se ofrece en los inaccesibles escaparates del “Primer Mundo”. Los que no puedan hacer ni lo uno ni lo otro –la gran mayoría de los habitantes del planeta-, son indiferentes para el sistema, mientras que sólo unos pocos se benefician de este estado de cosas. Todo se compra y se vende en el amplio mercado planetario: alimentos, fuerza de trabajo, tanques, sexo, residuos nucleares... El 20% más rico del globo consume el 86% de todo lo que se produce, mientras que el resto de la población, un 80% consume apenas el 14%. A mayor concentración de la riqueza, mayor distribución de la pobreza. La globalización, más que ser una guerra contra la pobreza es una guerra contra los pobres.

¿QUÉ ES EL LIBRE COMERCIO?

Existe cierta confusión de términos ya que hoy se habla tanto de globalización o mundialización, como de libre mercado, liberalización, libre comercio, desregulación, etc. Se puede decir que tanto los pares *globalización/mundialización*, como *liberalización/libre mercado* son términos sinónimos, aunque con pequeños matices que los diferencian, la primera parte de cada par parece tener un sentido más genérico e ideológico, mientras que la segunda se refiere a su concreción material. Lo importante es subrayar que la *globalización/mundialización* es una consecuencia del *libre mercado/liberalización*. Este último par de términos hace mención a la *desregulación* tanto a nivel nacional como internacional. Desregulación es el debilitamiento o anulación de toda norma gubernamental que pueda disminuir los beneficios de las empresas: leyes ambientales, laborales, sociales, etc. El término *libre comercio* se refiere a un aspecto específico y concreto del libre mercado: la liberalización de los intercambios comerciales y de las relaciones económicas internacionales.

Para los liberales clásicos el libre comercio era la mejor forma para el desarrollo de la economía de una nación. Adam Smith promovía abolir la intervención de los gobiernos en la economía: la reducción de las barreras al comercio y la desaparición de aranceles. Otro liberal algo más sensato, Keynes, postuló que sin pleno empleo y sin la intervención de los gobiernos y de los bancos centrales, no sería posible el desarrollo del capitalismo y, por lo tanto, era necesario un pacto social entre estado, trabajadores y empresarios. Hace casi tres décadas, la *crisis* o reducción de beneficios por parte del capital, animó a la élite empresarial a revivir el liberalismo con tintes nuevos con el fin de obtener nuevas ganancias. Así surgió el neoliberalismo, una ideología que con la globalización de la economía capitalista se ha extendido a escala mundial y cuyos conceptos clave son: liberalización del comercio y las finanzas, desregulación, reducción del gasto público y privatización, esto es, desmantelamiento del estado social y hegemonía absoluta del mercado, libertad total para movimientos de capitales, bienes y servicios a escala mundial. El neoliberalismo también es conocido como *Consenso de Washington* porque este sistema doctrinal creado para favorecer al mercado, fue diseñado por el gobierno de EE.UU. y las instituciones económicas internacionales, bajo los auspicios de las transnacionales.

Tanto el comercio internacional como los movimientos de capitales han crecido mucho más que la producción. Junto con la financiarización de la economía, la liberalización y apertura de las economías son rasgos constitutivos de la globalización, son instrumentos para lograr la globalización. El libre comercio es una exigencia indispensable para la mundialización de la economía y la extensión del capitalismo a nivel global.

¿A QUIÉN BENEFICIA EL LIBRE COMERCIO?

Casi 5,3 billones de dólares anuales es el montante de las exportaciones mundiales. Aunque el comercio se sigue midiendo en términos nacionales, las corrientes comerciales están dominadas por los grandes conglomerados transnacionales. Existen unas 40.000 empresas multinacionales que representan unos dos tercios del comercio mundial, un tercio de los cuales está constituido por el comercio entre sociedades de una misma empresa y otro tercio por el comercio entre empresas distintas. Unas 50 megacorporaciones ocupan, junto a otros tantos Estados, las 100 mejores posiciones en el ranking como primeras potencias económicas mundiales. La totalidad de esas empresas pertenecen a las regiones más ricas del planeta: América del Norte, UE. y Sudeste Asiático, y es exactamente en estas zonas donde se lleva a cabo el 82% del comercio global.

Son precisamente estas grandes transnacionales las que promocionan el libre comercio. Sin embargo, detrás de la gran cantidad de productos que se ofrecen al consumidor, sólo hay un pequeño número de empresas que controlan la alimentación, los transportes, las telecomunicaciones, las finanzas, etc. La creciente liberalización es la que propicia este espectacular proceso de concentración que tiene como fin ampliar sus cuotas de mercado mundial. Las megacompras y megafusiones ponen en entredicho no sólo el actual papel de los gobiernos, sino también el propio concepto de competencia neoliberal. Los pequeños y medianos competidores locales sucumben ante el poder desmesurado de los grandes consorcios que acaban convirtiéndose en verdaderos oligopolios. Es irónico observar cómo la receta neoliberal de privatizar los monopolios públicos para abrirlos a la competencia, los convierte automáticamente en monopolios privados.

Según la teoría liberal clásica a la que hoy apelan los neoliberales, la eficacia del libre comercio se basa en el principio de las ventajas comparativas. Sin embargo, esta teoría ya no tiene sentido, la competencia internacional se ha convertido en una lucha de consorcios que se integran en redes productivas y comerciales de alcance mundial. Ahora los principales importadores de un producto son también los principales exportadores del mismo. Las inversiones no están regidas por las ventajas comparativas entre países, sino por la rentabilidad total y absoluta. La libre circulación financiera echa al traste toda la teoría liberal clásica. Todos estos intercambios escapan al control de los aparatos públicos y, sin embargo, son los propios Estados los que facilitan estos intercambios. No sólo se privatizan las empresas públicas, sino también las relaciones internacionales. Los representantes políticos ya no protegen los intereses de sus ciudadanos y su medio ambiente, sino que defienden los intereses de las grandes empresas y corporaciones.

Mientras que se obliga a los países periféricos a abrir indiscriminadamente sus fronteras al intercambio comercial, las transnacionales de los países del Centro presionan a sus gobiernos para liberalizar aquellos sectores donde pueden aumentar sus ganancias, pero exigen mantener medidas proteccionistas en aquellas áreas en las que pueden tener pérdidas. La realidad es que el "libre" mercado no existe, son EE.UU. y la UE. quienes dominan los mercados mundiales precisamente por estar fuertemente subsidiados. Esto es continuamente denunciado por los países del Sur que se quejan de la liberalización bajo presión a la que son sometidos sus productos agrícolas donde los campesinos que producen alimentos para los mercados locales no pueden competir con las grandes compañías agroquímicas y biotecnológicas de la UE y de EE.UU. que pueden vender más barato porque reciben subsidios masivos. Estas grandes empresas buscan ampliar sus mercados y la entrada de China al mercado global amplía este gran hipermercado a un 22% de la población mundial. La liberalización se trata en realidad de un sometimiento a las normas impuestas por las transnacionales de los países del Norte, de crear mercados cautivos en donde los pequeños y medianos productores no puedan competir con los grandes.

El espectacular aumento del comercio global ha traído como consecuencia lógica un aumento del transporte mundial tanto de materias primas como de manufacturas, así como un incremento del consumo de energía y de la contaminación. Además, los impactos ambientales de la producción industrial para la exportación, exigen un consumo intensivo de energía que agota los recursos no renovables y tiene graves repercusiones sobre el cambio climático, la contaminación, la generación de productos químicos tóxicos y el vertido de residuos. El libre comercio y la inversión sólo benefician a unos pocos y contribuyen a la destrucción ambiental.

El GATT en un principio sólo operaba para reducir tarifas. La Ronda de Uruguay supuso el recorte de más del 25% de las barreras arancelarias en productos industriales y agrícolas. Ahora, la OMC pretende abarcar un rango bastante más amplio de sectores con implicaciones sobre casi todos los aspectos de la vida: agricultura y alimentos, derechos de propiedad intelectual, servicios, transporte y telecomunicaciones, inversiones, etc. Además de la OMC, las reglas del comercio internacional son impuestas por la OCDE, el sistema financiero internacional (BM y FMI) y el sistema de Naciones Unidas. A través de estos organismos, el G7 o grupo de países más desarrollados, es quien negocia e impone las políticas económicas globales.

El proceso de liberalización comercial se suele presentar como un factor de aceleración del crecimiento económico y se justifica en los viejos términos de que crecimiento económico equivale a desarrollo. En una economía mundial el comercio se presenta como un factor para lograr la convergencia en los ingresos entre países, se trata de la vieja cantinela de que primero hay que crecer económicamente para luego repartir el pastel. El problema no sólo consiste en que las condiciones de partida son sumamente desiguales por lo que algunos países crecen a costa de otros, sino también en que el reparto de riqueza nunca llega a producirse y lo único que en realidad crece, son los pobres. La pobreza, además, tiene género femenino.

En la cumbre de la OMC en Seattle se ha podido entrever ese complejo entramado de intereses contrapuestos entre regiones, países y sectores de interés. Sin embargo, más allá de los enfrentamientos entre grandes potencias

o de los conflictos entre los países Centro/Periferia, lo verdaderamente importante es que están en juego dos modelos distintos de entender el mundo: el que consiste en mercantilizar todos los aspectos de la vida poniendo la naturaleza y los seres humanos al servicio del mercado y de las transnacionales, y el que consiste en humanizar las relaciones comerciales para que éstas estén al servicio de las personas y de las sociedades, dando prioridad a la democracia, los derechos humanos y el respeto a la naturaleza. Esta lucha de paradigmas enfrenta a los seguidores del libre mercado, y a los que promueven la justicia social y un modelo de producción, distribución y consumo verdaderamente sostenibles.

LA INDUSTRIA SE TIÑE DE VERDE: LA ECOLOGÍA DE MERCADO

El último informe del World Resources Institute 2000-2001 en el que han participado el PNUMA, el PNUD y el Banco Mundial, afirma descaradamente que la solución a los problemas ambientales no es disminuir el consumo, sino *optimizar* el empleo de recursos. Para este Instituto, como para el resto de organismos internacionales, *el crecimiento de la población y la explotación intensiva de recursos naturales son los causantes del cambio irreversible de la base biológica del planeta*. Como siempre, achacan a la sobrepoblación y la pobreza los males del mundo, nunca hablan de un reparto justo de la riqueza y los recursos. Aun dejando al margen los disímiles niveles de consumo ¿por qué se empeñan en ocultar que la densidad de población es mayor en Holanda que en India, y superior en Bélgica, Alemania o Italia que en China o en Brasil? También alertan de que *el creciente deterioro de los ecosistemas pone en peligro el desarrollo*, cuando es precisamente el desarrollo -el tipo de desarrollo-, el que causa el deterioro de los ecosistemas.

Por su parte, el director de la agencia de Medio Ambiente de la ONU afirma: *“Parte de la solución a los problemas medioambientales pasa por una mayor participación de las empresas que explotan los recursos naturales”*. *“En los últimos años, las compañías privadas han mejorado mucho su percepción del problema. Están muy presionadas por los consumidores, que tienen en cuenta si la empresa a la que van a comprar un producto respeta el medio ambiente”*. Como vemos, estos organismos entienden la democracia y el desarrollo sostenible como la posibilidad de elegir entre cuatro marcas de detergente distintas. El consumidor es el nuevo ciudadano de la aldea global, y su esfera de decisión se circunscribe a obtener los productos que se exhiben en los estantes del hipermercado. ¿Qué pasa con los 1.500 millones de personas en el mundo que viven con menos de un dólar diario? Y, por otro lado, ¿quién decide lo que se exhibe en los estantes? ¿qué producir y de qué forma? De esta manera, no sólo se desvía la atención sobre los productores y distribuidores -las grandes transnacionales- y se culpabiliza a los consumidores del uso no sostenible de los recursos, sino que también se induce a no actuar sobre los poderes públicos para que regulen la política ambiental. Y, por otro lado, el libre comercio obstaculiza el consumo responsable ya que deja a los consumidores sin datos para decidir y actuar de una forma sostenible, puesto que en un mercado mundial, el consumidor desconoce las formas de producción y distribución de las mercancías y si éstas han tenido graves impactos sobre el medio físico o social, ya que se ignora incluso su origen que puede ser cualquier punto del planeta, aunque de lo que sí está sobresaturado el consumidor es de publicidad engañosa e insustancial. Se estima que una media del 25% del coste de venta de un producto típico corresponde a su coste de fabricación, el resto son gastos de publicidad, distribución y transporte.

En los años 70 y 80, las presiones ecologistas obligaron a los gobiernos a establecer leyes con el fin de reducir los efectos nocivos del industrialismo y, a duras penas, las multinacionales se iban plegando a esas regulaciones viéndose obligadas a invertir en tecnologías más limpias para limitar el impacto de sus actividades. Las grandes multinacionales se opusieron ferozmente a que los gobiernos controlaran la producción y la distribución de los productos, arguyendo que sería devastador para el libre comercio. Es a partir de los años 90 cuando una nueva estrategia empresarial va tomando forma y las transnacionales empiezan a modelar el concepto de desarrollo sostenible a su propia conveniencia. La corriente neoliberal logra penetrar en el ambientalismo y el discurso verde sirve para justificar el crecimiento económico, nace la ecología de mercado.

La ecología de mercado pretende que los problemas ambientales se deben a que no son adecuadamente tratados por las relaciones mercantiles y dicen que la solución sería ingresar la Naturaleza en el mercado. Afirman que sólo cuando las fuerzas del mercado y el régimen de propiedad privada se extiendan para todos los recursos naturales tendremos la capacidad de salvaguardar la naturaleza. El libre mercado hará posible la conservación. Esto se logra asignando derechos de propiedad sobre los ecosistemas y las especies vivas, fijando sus precios y abriendo la posibilidad de comprarlos y venderlos. La Naturaleza pasa así a convertirse en una forma de capital (capital natural) y la conservación en un tipo de inversión capaz de contribuir al crecimiento económico. Si el keynesianismo gestionó la crisis entre capital y trabajo, la tesis del desarrollo sostenible intenta hoy gestionar la crisis entre capital y naturaleza.

Además, afirman que con tecnología y mecanismos de mercado se podrán solucionar todos los problemas ambientales como la escasez de energía y recursos y la contaminación. Prefieren que sea el propio mercado el que busque las soluciones (derechos de contaminación, internalización de costes, mecanismos para que el consumidor pague por la degradación ambiental, tasas ecológicas, etc.) antes que sean los gobiernos y la sociedad los que establezcan un control a través de normas ambientales. Solamente aceptan una mínima intervención estatal para crear las infraestructuras necesarias, establecer leyes sobre los derechos de propiedad -incluidas las patentes-, que se cumplan los contratos y promover algún tipo de armonización global en las normas de seguridad. El término “desarrollo sostenible” empieza a sustituir a términos como “progreso”, “modernidad” o “desarrollo” con el fin de conjugar la idea de crecimiento económico con medio ambiente, o establecer las conexiones necesarias entre economía y ecología. El desarrollo sostenible es presentado como la solución a los problemas ambientales globales, y la autorregulación como un asunto prioritario para las empresas, los gobiernos y los acuerdos internacionales sobre medio ambiente.

Esta nueva cara del industrialismo ha ido calando poco a poco en la sociedad. Por supuesto, los defensores del neo-industrialismo ambiental nunca hacen mención a la necesidad de reducir el consumo y de redistribuir la riqueza y los recursos, sino sólo a la eficacia. Afirman que el problema es que la industria todavía no se ha “tecnologizado” lo suficiente, y mencionan la tan manida *modernización*, pero ahora con tintes verdes: la *ecoeficiencia* y la *ecoinnovación*. Critican la burocratización y la mala gestión de los recursos, y con eso justifican las privatizaciones. Aunque también necesitan el papel del Estado para que ofrezca los incentivos adecuados: subvenciones a la innovación, a las tecnologías más limpias, a las tecnologías que palián los efectos nocivos de otras tecnologías anteriores, reducciones y exenciones de impuestos, etc. Evidentemente, existen mejoras técnicas que producen tecnologías más limpias, pero la tecnologización y la innovación por la innovación sólo conducen a la proliferación de cachivaches superfluos y al consumo de productos de usar y tirar, por lo que se produce un mayor uso de recursos, energía y residuos. Por otro lado, pensar que sólo las sociedades altamente tecnologizadas y con rentas muy altas pueden ocuparse del medio ambiente o creer que son las únicas capaces de alcanzar una conciencia ecológica, es una muestra de la racista y prepotente cultura occidental que desprecia a las comunidades locales de la Periferia que son, precisamente, las que han preservado sus ecosistemas hasta que el “libre” comercio las ha integrado en la economía global.

Apelando a un uso racional y sostenible de la naturaleza, ahora el capitalismo puede seguir avanzando y expandiéndose en los viejos y nuevos mercados. Existe una instrumentación descarada de la ecología por parte del capitalismo que, con una habilidad camaleónica, es capaz de adular y engullir todo lo que le hace frente. Entre los programas de marketing de las empresas primero nacieron las certificaciones de calidad, luego las ecológicas y ahora han debutado las certificaciones solidarias (un porcentaje del precio del producto se destina a ayuda humanitaria). Así lavan su imagen y también nuestras conciencias.

El capitalismo se ha extendido a escala global y estamos inmersos en una sociedad de mercado donde todo se compra y se vende incluida la naturaleza y el propio ser humano. Pero si algo ha quedado demostrado a lo largo de estos siglos de capitalismo, es que el mercado no logra por sí solo una distribución óptima de los recursos, ni se para a pensar en los derechos de las generaciones futuras. La privatización no garantiza la conservación, al contrario, los recursos se explotan hasta el agotamiento con el fin de obtener beneficios a corto plazo y pasar, sin ningún miramiento, a invertir en otros negocios que puedan resultar más rentables. Un mercado libre sin control ninguno que sólo persigue el beneficio económico entra en contradicción flagrante con la conservación y la sostenibilidad ambiental. La solución no es la privatización, como promueven los neoliberales, sino la autogestión comunitaria de los bienes comunes, regulada de forma sostenible y democrática, pero estas formas de autoorganización son incompatibles con el sistema capitalista mismo. Desde hace varios siglos muchas comunidades locales han gestionado sus recursos de esta forma hasta que el “libre” mercado promovió su destrucción sistemática. Que los bienes sean comunales no quiere decir que sean de explotación y acceso libre, sino que se regule su utilización y que se racionalice su gestión no con pautas mercantiles, sino con criterios éticos de justicia social y consideración medioambiental.

EL MERCADO DEL CARBONO Y LA PRIVATIZACIÓN DE LA ATMÓSFERA

A pesar de los acuerdos sobre cambio climático, cada año que pasa se liberan a la atmósfera 6.000 millones de toneladas de carbono, más de las dos terceras partes de las cuales proceden de los países del Norte. En su mayoría se trata de emisiones de “lujo” ya que si se siguieran criterios de equidad para estabilizar o reducir las emisiones totales serían precisamente los países del Norte los que deberían rebajarlas, además de igualar las emisiones *per cápita* a nivel mundial. Sin embargo, la realidad es que los países *sobredesarrollados* no están por la labor de disminuir el uso de combustibles fósiles, sino que pretenden aumentar sus emisiones de CO₂ a toda costa y se sirven de múltiples ardides como la *compraventa* de emisiones o la llamada *compensación* por

depósitos de carbono. Ya existe un mercado de emisiones que permite a las empresas que contaminan por debajo de cierto nivel, vender créditos de contaminación a empresas más sucias. Se trata del establecimiento de un nuevo derecho liberal: el derecho a contaminar. EE.UU. defiende el derecho ilimitado a la compra de cupos de emisión a otros países y ha llegado a un acuerdo de compra con Rusia, país que puede volver a los niveles de emisión que tenía en 1990, antes de dismantelar gran parte de su industria. Por su parte el Banco Mundial ha abierto un fondo de inversiones compuesto no de acciones, sino de toneladas de carbono. Los inversores serán recompensados con los créditos o licencias correspondientes para emitir una cantidad equivalente de carbono a la atmósfera y podrán utilizar estos créditos para mantener sus propias emisiones o venderlos a empresas o países que no quieran reducir las suyas. Grandes empresas como la petrolera British Petroleum y la firma Mitsubishi se han comprometido en este fondo. Algunos economistas prevén que el mercado del carbono le reportará grandes ganancias al BM para que siga financiando megaproyectos contaminantes de energía en los países "en desarrollo".

La compensación de emisiones consiste en seguir liberando CO² a la atmósfera siempre que se contrarreste con la plantación de árboles o cultivos agrícolas para que constituyan sumideros de carbono. Así, cualquier industria que emita millones de toneladas de CO² u otros gases de efecto invernadero, se considerará que emite la misma cantidad que un campesino, con la única condición de que se dedique al monocultivo de plantaciones forestales. Esta concepción descabellada implica además que quien tiene derecho a utilizar la atmósfera, puede igualmente utilizar más recursos, tierra, agua y trabajadores para plantar árboles y explotarlos. La realidad es que no existen evidencias científicas que prueben la eficiencia de las plantaciones forestales en materia de fijación de CO² por lo que el mecanismo de *compensación*, además de ser injusto e inmoral no tiene ninguna justificación ecológica.

El protocolo de Kyoto y los posteriores acuerdos sobre cambio climático no sólo suponen un cambio cosmético en cuanto a reducción de emisiones, sino que han abierto la puerta a mecanismos de privatización y mercantilización de la atmósfera. La lógica de estas medidas consiste en la "racionalidad" económica basada en que es mejor disminuir las emisiones allí donde sea más barato. Los grandes beneficiarios con el comercio del clima no sólo son las grandes transnacionales de del Norte: las empresas energéticas, forestales y de celulosa, la industria del automóvil y las financieras, sino también las Agencias Multilaterales como el BM y otras Agencias de la ONU. Incluso algunas entidades ambientalistas están participando en el pastel. La UNCTAD ha contribuido a crear la Asociación Internacional para el Comercio de Emisiones, en la que participan unas 60 empresas transnacionales y grandes ONGs de medio ambiente. En esta organización, que ya ha empezado a reunirse para negociar el "aire caliente", también participan empresas españolas como Endesa y Riotinto.

LIBRE COMERCIO *VERSUS* SOSTENIBILIDAD

El comercio internacional se debe subordinar a unas reglas que respeten los ecosistemas, la calidad ambiental y el sustento, y que tengan en consideración los modos de vida de las sociedades afectadas. La globalización obliga a pueblos y regiones enteras a especializarse en un único producto o a determinar la actividad en función de los mercados mundiales y no en función de las condiciones naturales del entorno. La sostenibilidad es únicamente factible en un modelo local o regional y a una escala adecuada, algo que pretende obviar el modelo globalizador actual potenciado por el libre comercio. Para que existiera sostenibilidad los intercambios comerciales deberían ser lo más cercanos posibles, pero el libre comercio hace que los circuitos de producción y distribución se alarguen a grandes distancias con lo que se impide cerrar el ciclo completo de los materiales ya que se acentúa el volumen, concentración y especialización de la producción y desaparece el tejido económico y social capaz de lograr que los residuos vuelvan a convertirse en recursos. Además, el comercio a grandes distancias incrementa aún más los impactos del transporte: consumo de energía, producción de contaminación, construcción de grandes infraestructuras, riesgo de accidentes, etc.

El libre comercio genera intercambios desiguales Centro-Periferia y sólo beneficia a una minoría de países y de personas, agigantando la polarización social y la degradación ambiental. La liberalización debilita la capacidad de actuación de los poderes públicos y disminuye la soberanía de los pueblos y las personas. Los Estados y sociedades que pueden comprar sus recursos en el mercado internacional no se ven impulsados a conservar sus recursos autóctonos, mientras que los países de la Periferia se ven obligados a sobreexplotarlos y venderlos al mercado global, con el fin de obtener divisas para pagar los desmesurados intereses de la deuda externa. La búsqueda del beneficio económico mediante la concentración de la producción y la reducción de costes, junto con la desregulación social, ambiental y de salud, conduce a la pérdida de la soberanía y a la inseguridad alimentarias, a la inestabilidad social y a la dependencia total de las grandes transnacionales que dominan el mercado mundial. Al incrementar el consumo, el libre comercio convierte en ineficaz el ahorro conseguido mediante la eficiencia en la utilización y gestión de los recursos. Además, impide el consumo responsable pues

el consumidor ignora el origen de los productos del mercado global y los posibles impactos sociales y ambientales que pudiera haber generado su producción o distribución.

La racionalidad del mercado es una falacia, la racionalidad se define de acuerdo a unos objetivos y unos fines y estos no pueden basarse en el crecimiento económico *per se*, sino en la satisfacción de las verdaderas necesidades humanas con criterios de equidad y justicia y de respeto a la naturaleza. El bienestar no se mide en agregados económicos, sino en la existencia de alimentos sanos, viviendas asequibles, una sanidad ágil y de trato humano, trabajo y salario dignos, tiempo suficiente para el ocio... y la presencia de un entramado social en el que los seres humanos puedan decidir, compartir y desarrollar sus verdaderas potencialidades, bajo un medio ambiente limpio y saludable. Son, precisamente, todas las facetas que la globalización, alentada por el libre comercio, no se ocupa de satisfacer, sino que está deteriorando a marchas agigantadas. El libre comercio intenta mercantilizar todos los aspectos de la vida y trata a la naturaleza como una mercancía más. Sin embargo, los recursos naturales, los ecosistemas y las funciones ambientales son indispensables para la vida, por lo que nunca pueden ser tratados como mercancías. Libre comercio y medio ambiente son, pues, los dos términos de una ecuación imposible.

BIBLIOGRAFÍA:

BERMEJO, ROBERTO: *Globalización y sostenibilidad*. Cuadernos Bakeaz, núm. 25, febrero 1998.

BERMEJO, ROBERTO: *Libre comercio y equilibrio ecológico*. Bibao, Bakeaz, 1996.

CHOMSKY, NOAM: *El beneficio es lo que cuenta: Neoliberalismo y orden global*. Barcelona, Crítica, 2000.
La ONU alerta de que el creciente deterioro de los ecosistemas pone en peligro el desarrollo. El País, 24-04-2000

LANG, TIM Y HINES, COLIN: *El nuevo proteccionismo*. Barcelona, Ariel, 1996

LOHMANN, LARRY: *El mercado del carbono: sembrando más problemas*. Movimiento Mundial por los Bosques Tropicales, enero de 2000. <http://www.wrm.org.uy>

PETRELLA, RICARDO: *El capital mundial no puede gobernar la humanidad*. El País, 28-11-1999.